

Federico de Onís



PRESENTAR a Onís ante un público de concedores de la literatura española e hispanoamericana es, en mi concepto, un simple formulismo académico.

Quiero, no obstante, en breves palabras puntualizar dos aspectos de su aventura espiritual, más como una opinión personal que como antecedente o información crítica o estética.

Onís, profesor, filólogo, crítico, ensayista, se proyecta con original relieve en su doble actividad de España y América.

Nacido en Salamanca, bebió la filosofía poética de Fray Luis, a quien comentó con agudeza y amor en un prólogo a una edición moderna de «Los nombres de Cristo».

Tiene Onís, en la raíz de su personalidad, esa fuerza de supervivencia de Castilla, próxima casi siempre al misticismo que se ha de plasmar en la agonía de Unamuno y es la que anima la filosofía de Santayana, brote castellano de expresión inglesa.

Posee Onís una sensibilidad moderna, de audaz vigor interpretativo, y en este aspecto se conecta con el esteticismo de Ortega y Gasset y con las disciplinas filológicas de Menéndez Pidal y de Américo Castro.

Y estoy seguro que, al dictar su cátedra de literatura española en Oviedo, algo del humanismo sabroso de Leopoldo de Alas debió prender en su prosa y en su actitud interpretativa de España.

No echó raíces en Oviedo o en Madrid. Una inquietud muy castellana, la de un místico de la cultura o la de un conquistador espiritual, lo empujó hacia América, y desde 1916, son más de treinta años, lo vemos enseñando español y comentando escritores españoles e hispanoamericanos en la Universidad de Columbia.

Habla Gracián en el «*Criticón*» de que el español luce más fuera de España que en España misma.

Es, sin duda, una característica de raza, que se repite a lo largo de la historia de Castilla.

No significa, desde luego, menospreciar su labor de maestro y escritor en España; al contrario, su hondo conocimiento de la cultura hispánica lo hizo penetrar y conocer los mil regueros dispersos de la insegura corriente cultural de Hispanoamérica.

Nos pertenece, pues, Onís a los americanos en las tres cuartas partes de su vida de profesor y de crítico.

En el Instituto de las Españas y en la «*Revista Hispánica Moderna*», que él fundó en Estados Unidos, se ha desarrollado esta fructífera labor, que dió a

conocer en español a escritores de habla inglesa y a poetas y novelistas de América del Sur en Estados Unidos.

Y cabe aquí, para finalizar estas rápidas anotaciones sobre Federico de Onís, hablar de su «Antología de la poesía española e hispanoamericana». No es sólo una selección de los mejores poetas de España y América, como el título lo sugiere. Es algo más. El prólogo, verdadero ensayo de interpretación crítica y estética del modernismo en España y América, es el mejor intento de una clasificación de las mil formas de la poesía hispanoamericana, desde los modernistas a los creacionistas, y de sus innúmeras influencias terrígenas, españolas y extranjeras.

Como Díez Canedo y Pedro Salinas, como don Juan Valera que en una carta americana adivinó el genio poético de Rubén Darío, Federico de Onís lo analiza y lo define, dándole la importancia que merece en la evolución de la poesía castellana y la de la América de habla española.

M. L.